

LA VIDA EN CRISTO

Para mí, el vivir, Cristo.

1. Alcanzado por Cristo y tratando siempre de alcanzarlo: Ga 1,15-16; He 1,1-19

En el camino de Damasco, Pablo fue alcanzado por Cristo. Algo -¡alguien!- tocó y cambió la raíz del existir del fariseo convencido que en ese momento era Pablo. “Aquél [Dios] -dice el propio Pablo- *me llamó... por su gracia, tuvo a bien revelar a su Hijo en mí para que lo anunciase a los gentiles...*” (Ga 1,15-16). El *‘emoi* (griego), es de capital importancia.

Cristo penetra *en* el yo mismo de Pablo, en el más profundo centro de su personalidad, y todo cambia en él. Una relación nueva con Alguien vivo, lo transforma en creyente y en apóstol. Jesús, Hijo, Cristo Mesías, Señor serán desde ese momento términos equivalentes para Pablo.

Deja de conocer a Jesús a lo humano para percibirlo de una manera nueva, a través de un conocimiento sublime, inaccesible al mero historidor de hechos humanos.

Ante la sublimidad del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, -dice Pablo-, todo lo que fui y todas las cosas, *las tengo por basura* con tal de llegar a conocerlo a él por la fe, el poder de su resurrección y la comunión en sus padecimientos hasta hacerme semejante a él. Corro para alcanzarlo, como Cristo Jesús me alcanzó a mí. Me lanzo hacia delante, hacia la meta, hacia el premio a que Dios me llama en Cristo Jesús (cf Flp 3,3-14).

Nadie puede decir Jesús es Señor sino en el Espíritu Santo (1 Co 12,3). La vida de Pablo y la del cristiano, queda situada en Cristo *‘en Xristô* (*‘en* griego dentro de). Cristo se mete en el cristiano para meter al cristiano dentro de él. Vivir en Cristo es vivir en el Espíritu (*‘en pneumatí*).

2. Liberado, liberándose, liberando...

2.1. ... de la Fuerza del pecado

Pablo se siente liberado. ¿De qué? Nos lo dice en su carta a los cristianos de Roma, buscando tal vez acreditarse para seguir extendiendo el Evangelio por el Mediterráneo occidental, como ya lo había hecho por el oriental.

Se trata de un escrito largo, con mucho contenido, y de más trascendencia para nosotros, que para los de Roma, donde apenas fue leída cuando llegó.

La Humanidad entera se halla bajo la fuerza del pecado. No sólo porque se peque mucho, sino porque Pablo descubre en ella la *hamartía* como un pecado raíz, casi personificado, anterior a las transgresiones y fuente de tangresiones. Fuerza dominante, hasta el punto de que todo se halla “bajo el pecado”.

La *hamartía* aparece con toda su fuerza cuando el ser humano, tipificado en Adán, “decide afirmar su yo mediante la *no* aceptación de Dios” (Gn 3, 15.20). He ahí la opción decisiva: La dignidad humana ¿implica la afirmación de Dios o su exclusión? ¿Dónde se halla el criterio **último** para distinguir entre Bien y Mal?

Esta concepción de la realidad posee una actualidad palpitante. ¿Es el ser humano dueño último de su Vida y su Destino? El Bien, es lo que el hombre

decreta por sí solo? ¿Es consecuencia del fluir de la Vida de Dios en nosotros, o de su rechazo?

Desde sus primeras cartas habla Pablo de un *misterio de impiedad* que ya actúa en el mundo, y avisa de que lo peor está aún por venir (2 Tes 2,7). Misterio que se halla vinculado a poderes oscuros, inhumanos. Lo decía así a los cristianos de Tesalónica, trabajadores como el propio Pablo que les hablaba mientras también él mismo trabajaba con ellos como fabricante de tiendas de campaña.

El Señor, en su segunda Venida, aniquilará ciertamente al Impío (2 Tes 2,8), y acabará con las fatigas de esta vida. Pero esa Venida, podría retrasarse. Es preciso perseverar en la espera, activos y honrados, evitando el sin sentido de la pereza. Luchando sin cuartel contra la impiedad, revestidos de la coraza de la fe y la caridad, cubiertos con el yelmo de la esperanza (1 Tes 5,8).

No es difícil tener hoy la sensación de que vivimos en un mundo de pecado. Sabemos de estructuras de pecado (cataclismo económico...), extensión de la increencia, y de la sustitución de la esperanza, por sucedáneos engañosos.

Paradójicamente pensamos a veces al mismo tiempo en la reconciliación final de todos, buenos y malos, sin mayor esfuerzo por nuestra parte. Puede ser legítimo esperar la salvación para todos, pero ello no nos exime del compromiso en favor de una existencia humana, menos banal en sus goces y más seria en su justicia.

Todos pecamos, constata Pablo, tanto judíos como gentiles, las dos mitades de la humanidad que el Pablo judío de Galilea por nacimiento y helenizado y llevaba en el corazón. Se impone, también hoy, tomar conciencia de lo que en última instancia distingue la fe del ateísmo, y al creyente del ateo.

2.2. ... con la Fuerza del amor

Vencer la Fuerza del pecado, y escapar del mundo dominado por él, es posible gracias a la iniciativa de Dios.

Dios mismo en Jesucristo se introduce en el creyente, por las puertas que *el mismo Dios* se fabrica para ello. El contacto inmediato con Dios constituye la singularidad de las después llamadas, virtudes teologales. Dirigiéndose a los tesalonicenses, Pablo recuerda con acción de gracias *la actividad de vuestra fe, el trabajo de vuestra caridad, y el tesón [=aguante] de vuestra esperanza* (1 Tes 1,3).

San Pablo da gracias por ello. Veros llenos de una vida nueva, es la señal de que mi Evangelio, no se ha frustrado. Por la fe habéis acogido, de manera activa y llenos de esperanza, el don de comprometeros con los difíciles trabajos del amor cristiano.

Frente al desmadejamiento y a la pereza postmoderna, actividad y ganas de trabajar, frente a la frustración y al escepticismo de nuestros días, una nueva esperanza.

¡La vida de Dios lo activa todo en el ser humano!

Conviene reparar en la originalidad de la caridad, la *agápe* o amor cristiano. El mismo Dios es *agápe* dirá la primera carta de san Juan (4,8). La fuerza del pecado es terrible, mayor, pero mucho mayor es la Fuerza del Amor, manifestada en Cristo, e inserta en el mundo por él.

La *agápe* divina impide a Dios desentenderse de nosotros. Dios quiso desde antiguo hacerse un pueblo. Tomó la iniciativa de sacarlo de la esclavitud, y tras no atreverse durante mucho tiempo a hacerlo, el lenguaje de los profetas, - Oseas en particular- llegó a hablar de una erótica divina, poseída por el deseo de volver poseer, Él, esposo engañado, el amor de la esposa, el pueblo, que lo había traicionado.

En el NT, el amor divino y el amor entre los cristianos, se designa con un término propio, *agápe*; término apenas empleado en el griego profano, que contaba con otros (*filadelfia*, *storgê*) para expresar el amor y la amistad.

La *agápe* no excluye el *eros*; éste, signado por la posesividad, te quiero todo o toda para mí se dicen los esposos, tiene su lugar en la vida humana. La *agápe* no excluye el *eros*; eventualmente, lo corrige. La *agápe* lo penetra todo, confiriendo un nuevo horizonte a la vida entera, el horizonte que supone vivir en el mismo Dios que es *agápe*.

La iniciativa de Dios, como una especie de erótica divina que nos reclama, entra en el creyente por la puerta de la fe, lo "justifica", lo hace justo y lo santifica, dinamizándolo todo con el tesón de la esperanza.

Una vida nueva, brota, pujante y llena de actividad, de adentro hacia fuera. Dios toca lo más íntimo del corazón humano y lo pone en contacto con el corazón mismo de Dios. No se trata de una conquista del hombre, hasta entonces en el dominio del pecado. Dios mismo se da y nos reclama.

La *agápe* constituye la obra de artesanía por excelencia de las tres personas divinas.

Padre Dios nos ama inmensamente entregándonos a su Hijo (Ro 5,8). Envía a su Espíritu que hace exclamar *Abbá*, Padre, y transforma en hijos de Dios a quienes se dejan guiar por su Espíritu (Ro 8,14-15). Gran cosa ha sido para la vida de fe descubrir a Dios como *Abbá* (padre/madre); ello ha infundido una profunda confianza en quien se dirige a Dios así, como el propio Jesús lo hacía.

Pero conviene subrayar que no se trata tan sólo de una transformación psicológica sino de algo más profundo, obra no de imitación, sino del Espíritu divino. Éste opera en el creyente la transformación que lo hace partícipe de la vida del Hijo, y convierte al ser humano en hijo de Dios.

Dios envió a su Hijo para que recibiéramos la adopción filial. Hoy, por fortuna, sabemos por experiencia que adoptar un niño no se reduce a una operación jurídica. Hay mucho más, hay, cuando las cosas van bien, transmisión de vida.

Gracias a ello, continúa Pablo, sois herederos de Dios, coherederos con Cristo (Ro 8,17). No herederos de don Fulano o don Mengano que os dejan un buen paquete de acciones o fincas tan grandes como Extremadura entera mientras los otorgantes yacen ya en el sepulcro. Dios mismo es la herencia del creyente que entra en nosotros con el poder de su amor.

Cuando nos abrimos a ese amor, amamos a Dios con el mismo tipo de amor que Él nos tiene, y comprobamos que, pase lo que pase, Dios está siempre a nuestro lado (Ro 8,29).

Más aún, nada nos puede separar del amor que se manifestó en Cristo, y que Cristo nos tiene. Ni la muerte, ni la vida, ni la tribulación ni la persecución... Todo es superable gracias a aquél que nos amó (Ro 8,35-39).

3. Construyendo comunidad, integrando el cuerpo de Cristo

En la Asamblea de Fraternidades, tuvimos siempre de trasfondo el *construyendo fraternidad, mostramos el rostro de Dios*. San Pablo da fuerza a esa consigna, y nos adentra en la maravilla de la equivalencia entre Cristo y su comunidad.

¡Comunidad = Cristo! Hablando de la diversidad de carismas, -dones del Espíritu que han de servir no de disensión sino enriquecimiento de la comunión-, Pablo llega a afirmar: *Del mismo modo que el cuerpo es uno aunque tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo no obstante su pluralidad no forman más que un solo cuerpo, así también Cristo* (Co 12,12).

3.1. La agape comunitaria

La agápe divina, ella misma, se socializa al entrar en la comunidad creyente. Constituye, -ella, no procedimientos psicológicos que pueden ser muy oportunos y necesarios-, el *vínculo de comunión* por excelencia de esas comunidades, *nuevas*, en virtud de la *evangelización de sentimientos* que la agápe en ellas opera.

La compenetración de la *delicadeza suma y de la enorme fortaleza* que caracteriza a la agápe, signa a la comunidad creyente. Dos textos en particular nos hablan de las dimensiones y matices del amor cristiano. El primero, el conocido himno de la *caridad (agápe)*. Ésta supera todo carisma, la agápê es benigna; en el día a día, todo lo penetra con la fortaleza de la paciencia, -"todo lo soporta"-; en cada detalle, renuncia a la soberbia, nunca se pone ella misma en el centro. Esta agápe referida al prójimo, se compenetra, ella misma, con la fe y la esperanza en el prójimo: lo cree todo en él, todo lo espera de él, todo se lo soporta.

El texto de Gálatas 5,22 nos habla de la agápe como del *fruto* del Espíritu, que, siendo un solo *fruto*, determina como frutivo que es, una serie de armónicos en la existencia cristiana. Los hallábamos en el rostro de quienes dieron testimonio en la Asamblea de fraternidades. Armónicos tales son la alegría y la paz, trasfondo e impronta del talante cristiano; también lo es la benignidad teñida de dulzura, suavidad, pronta a la benevolencia de la (*jrêstôtês*).

Quien vive la excelencia de la *jrêstôtês*, al encontrarse con el prójimo, lo juzga desde un prejuicio favorable, pronto a la indulgencia; le otorga una buena acogida, se le muestra sonriente y afable, manifiesta el gozo que le proporciona el encuentro, lo escucha con paciencia, responde con dulzura, de modo que la conversación se vea impregnada de suavidad, y nos deje con una impresión dulce y lisonjera.

Bondad constante, mansedumbre -a ver cómo lidiamos sin perder la calma este toro que parece tan bravo... Para todo ello el creyente necesita el dominio de sí mismo o *encrateia* dimensión asimismo de la agápe.

Todo ello se vive en lo cotidiano, rasgo paulino más característico de la acción del Espíritu Santo, sin excluir por ello las circunstancias excepcionales de las que estuvo sembrada la existencia del propio Pablo. La agápe opera en lo cotidiano, con sus gozos y esperanzas, sus tristezas y sus angustias, sobre todo de los pobres y de los que sufren, son también... de los discípulos de Cristo.

La agápe es contradictoria al egoísmo. La persona caritativa no busca su propia satisfacción (Ro 15,1), ni lo que le agrada ni su propio provecho (1 Co 13,5;

Flp 2,4). Habiéndolo aprendido de Cristo(Ro 15,3), san Pablo se propone él mismo como ejemplo de ello (1 Co 10,33).

A la *agápe* le horroriza el mal; se pone al servicio de todos y quiere agradar a todos, pero nunca cae en la servidumbre humana. Al hacerse esclava de Cristo, se hace humanamente libre, independiente del juicio de los demás, ajena al servilismo y a la complacencia culpable. No hay que caer por consiguiente en una condescendencia mal entendida respecto de los amigos, hijos, nietos, alumnos...

El verdadero caritativo denuncia el mal, sea cual sea, y se opone a él no obediendo más que a la sola voluntad de Dios. Pero obra empujado por la bondad-agápe y lanzado hacia la bondad. No evita el mal para ser bueno, es bueno y de este modo vence la fuerza del mal. De ahí, en la carrera hacia el bien, el perdonar sin límites a los demás y a sí mismo.

El Espíritu Santo es *agápe* en persona, y por ello, la vida propiamente cristiana es vida en el Espíritu Santo, es un caminar, -dice Pablo-, en el Espíritu, un hacer en Él la vida cotidiana. No por ello se trata de una vida desregulada, pues, conducida por la *agápe* y por impulso del Espíritu Santo, se vincula espontáneamente al servicio de los hermanos.

La carta a los gálatas une, en un oxímoron mordaz, libertad con esclavitud: Hermanos, habéis sido llamados a la libertad, pero no toméis de esa libertad pretexto para servir a la carne; antes al contrario *servíos, haceos esclavos* los unos de los otros *por amor* (Ga 5,13). *Douleuein*, servir se toma del servicio a los dioses, e insiste así en el carácter de obligación estricta y al mismo tiempo sagrada de ese servicio.

El cristiano se halla secuestrado por el prójimo por amor. La *agápe*, el impulso del Espíritu Santo constituye el principio agente, el motor del creyente. Ese secuestro en consecuencia no priva de libertad sino que libera la libertad. De ahí, la paz, honda, y la consolación que el creyente comunica con su vida a los demás.

Sólo así se hace verdadero el saludo cristiano, anterior al mismo Pablo y recogido por él: *La gracia de nuestro Señor Jesucristo, el amor del Padre, y la comunión del Espíritu Santo estén con todos vosotros.*

3.2. Con los pies en la realidad. Con cuerpo de verdad

La vida en Cristo de Pablo se encarnaba en la dura realidad. Sus viajes misioneros le supusieron hacer una media de más de treinta kilómetros diarios a pie.

Se ganaba su sustento trabajando como fabricante de tiendas de campaña. Podía transportar con facilidad los aperos necesarios para ese oficio, tijeras para cortar la lona, un punzón y un mazo para hacer los orificios para las costuras. Las tiendas eran muy solicitadas para pernoctar cuando las posadas estaban llenas o eran muy inseguras, para hacer un alto en el camino en un lugar escondido a los bandoleros, para resguardarse del sol durante las travesías por mar en barcos donde de otra forma era imposible conseguirlo. "He ganado mi sustento trabajando con estas manos" pudo decir Pablo.

Durante su vida de estudiante en Jerusalén conoció la pobreza. La mayoría de los habitantes de la Ciudad Santa sufrían esa pobreza severa. Pablo se com-

prometió, gozoso, a recabar fondos para ellos a lo largo de sus viajes, y lo hizo, organizando la empresa, y dotándola de un sentido hondamente solidario.

Exhortó a sus comunidades a contribuir con generosidad, pero de manera que el don saliese del fondo del corazón, sin imposiciones; confiando en Dios capaz de multiplicar la simiente necesaria para contribuir a pesar de la escasez de recursos, y respetando la medida decidida en conciencia por cada uno.

Finalmente acompañó a los portadores de lo recogido, lo que implicaba convertir la moneda en oro, e inventar el procedimiento para esconder esa suma entre los pliegues de la ropa, y burlar así a los bandidos.

Pablo fue pobre por saber adaptarse. En Filipos la comunidad pudo hospedarse en la casa de la Lidia, y contar con los abundantes recursos de esta mujer de negocios. Los filipenses, no a título personal sino como comunidad contribuyeron a que Pablo pudiera dedicarse a la evangelización en otros lugares, como Corinto, sin apreturas que hiciesen la empresa imposible.

Pobre, libre, solidario. La vida en Cristo de Pablo prolongó, si bien en circunstancias y lugares distintos, la de Jesús encarnado.

3.3. Con el centro en la Eucaristía

Al exhortar a vivir en acción de gracias, Pablo une la existencia cristiana a la celebración de la fracción del pan, acción de gracias por excelencia. El centro de la vida de sus comunidades era sin duda la celebración eucarística siguiendo la tradición recibida del mismo Señor Jesús.

Subrayemos, en este punto capital, la relación nítida que Pablo descubre entre la presencia real de Jesús, -pan de la vida creyente-, y la edificación de la comunidad como cuerpo de Cristo.

El pan que partimos es la comunión con el cuerpo de Cristo. *Siendo uno solo el pan, cuantos participamos de ese pan somos un solo cuerpo* (1 Co 10,16-17). La comunidad de Corinto, aun formada por una mayoría de gente pobre, era plural. Algunos de los ricos habían hecho ostentación de su riqueza en la misma comida fraterna que precedía a la fracción del pan. Pablo rebate esa conducta, de todo punto intolerable, como un desprecio hecho a la propia Iglesia. *Quien coma el pan o beba el cáliz del Señor indignamente será reo del cuerpo y de la sangre del Señor* (1 Co 11,17-27).

En nuestros días la Iglesia invita a no perder el respeto profundo que merece la presencia real, sustancial, del Señor bajo las apariencias de pan y vino. Esa falta de aprecio puede darse, v.gr., en la falta de atención a la presencia real fuera de la misma celebración eucarística, o por una acentuación unilateral de gestos no propiamente litúrgicos durante la propia celebración.

La presencia real del cuerpo y de la sangre de Cristo en forma de pan y de vino, hace que toda la asamblea converja hacia Él en la celebración. La comunidad se consume así como único cuerpo de Cristo.

La presencia real, -presencia del todo singular entre las varias que ella adopta en la liturgia-, hace converger la fe hacia ella. Pero la misma presencia real se halla en función de la construcción de la comunidad.

He ahí la grandeza de Dios, de un Dios al servicio de los suyos. Toda comunidad cristiana tiene su centro y gira en torno a la Eucaristía, afirma el Vaticano II.

3.3. Iglesia de Dios. Iglesia de iglesias

Estando en Corinto, donde encontró a Priscila y a Áquila, venidos de Roma, Pablo planificó su estrategia misionera. Acentuó la comunión entre las iglesias que él fundaba. Consideró las ventajas de Éfeso como centro de radios de las iglesias ya fundadas, con buenas comunicaciones entre ellas gracias a las vías romanas; consideró asimismo la posibilidad de irradiar desde Éfeso, para continuar la evangelización del valle del río Lico.

Hizo que Priscila y Áquila se trasladasen a Éfeso, como avanzadilla suya, y luego él mismo, volvió a esa ciudad. Pablo aprendió a evangelizar enviando a fundar a sus colaboradores, y respetando iniciativas anteriores. En torno a Éfeso fueron o habían ido naciendo las "Iglesias de Asia", mencionadas en el Apocalipsis. Éfeso y Laodicea, fueron fundadas personalmente por Pablo. Probablemente Esmirna, Pérgamo, Filadelfia, Sardes, se deben a la iniciativa misionera de Éfeso.

4. Crucificado con Cristo y resucitando con Él.

Vivo en la fe del Hijo de Dios que me amó y se entregó por mí. Ya hemos citado su *para mí, el vivir Cristo*. Tras su conversión, Pablo quedó secuestrado por la *agápe* insondable de Cristo. No se trata de un amor idealizado. Característica suya, imposible de preterir, es la de tratarse de un amor crucificado.

El Bautismo sumerge al bautizado en la muerte de Cristo, -muerte al pecado-, y lo hace resucitar con Cristo. Vivir *con* Cristo, morir *con* Cristo, resucitar *con* Cristo.

4.1. Crucificado con Cristo

Los fariseos creían en el Mesías pero lo esperaban para el fin de los tiempos, glorioso, y poniendo término al régimen de la ley mosaica que debía regir las relaciones con Dios y con los mortales en esta vida, hasta que ese acontecimiento final se produjese. De ahí la importancia que los fariseos otorgaban al régimen de la ley.

Cuando Pablo se desembaraza de la ley, declarándola inútil para la salvación, se torna hacia Jesús, y lo considera como verdadero Mesías. Pero ¿cómo dar crédito a un Mesías sometido a la muerte y, más aún, muerto crucificado?

La solución la encuentra al percibir la muerte de Jesús como una entrega libre y solidaria, como un servicio de amor. El Señor se entregó, Él, libremente, dominando la muerte, no siendo dominado por ella. *Se entregó por mí, por nosotros, por su Iglesia.*

Pablo se consideró así él también crucificado con Cristo. ¿En qué consistió, de manera concreta, la cruz de Pablo?

- Consistió desde luego, en las fatigas que la difusión del evangelio le suponían. Era necesario proseguir la marcha pese a los *peligros* de caminos, posadas y ciudades infectados de bandidos. También, pese los *peligros* de mar, incluidos los naufragios padecidos y posibles. No se trataba de peligros ficticios. Había que vencer las ganas de retroceder hacia sí mismo desistiendo de la empresa. Había que vencer pues la

fuerza de la *hamartía*, el pecado amenazante, hondamente sentido en la *carne*, es decir, en la estructura débil de lo humano.

- Consistió más aún en la preocupación por todas sus iglesias y por cada uno de los creyentes. Así lo subraya él mismo en la segunda carta a los corintios. Una muestra de ello: desde corinto escribe muy preocupado a los tesalonicenses, temeroso Pablo de que hubieran interpretado mal la esperanza en la segunda venida, como si ésta fuese a producirse en seguida, liberándoles del duro trabajo cotidiano, y dando ya de mano dada la inminencia del suceso. No es así, les dice la esperanza supone aguante, tesón, dejar a Dios ser Dios diríamos hoy.
- Pero la cruz de Pablo consistió sobre todo en la intransigencia pertinaz de su misma Iglesia matriz, Antioquía. Ésta le había enviado, y se consideraba por tanto con autoridad sobre Pablo. Éste se convenció de que, de hecho, la nimia insistencia en la Ley, por bien intencionada que fuere, iba en detrimento de la principalidad soberana de Cristo. Pablo rompió por eso con la Ley, y exigió romper con ella a sus iglesias. En la Iglesia matriz de Antioquía con la que Pablo conectó tras su conversión, había predominio de cristianos convertidos del paganismo. Pero después los convertidos del judaísmo, que compatibilizaban la observancia de la ley mosaica con la fe en Jesucristo, llegó a predominar. De ahí que su Iglesia matriz comenzase a enviar emisarios a las iglesias fundadas por Pablo, exigiéndoles el retorno a la Ley. Son los *falsos hermanos* de que Pablo habla en sus cartas. No se trataba para Pablo de una cuestión de menor importancia, sino de *la* cuestión por antonomasia.

Resumiendo, la reproducción concreta de la Cruz de Cristo en la vida de san Pablo consistió en la amenaza constitutiva de su propia fragilidad humana, en la problemática interna de las comunidades que el propio Pablo fundaba, y en el asedio por parte de los enemigos del evangelio predicado por el propio Pablo. Hay que añadir las dificultades que en tales confrontaciones aparecían, debidas a las limitaciones de la manera de ser de Pablo, punto éste en que la crítica se expresa hoy con mayor libertad que antes.

Resumiendo aún más, diremos que *la Cruz supone el reconocimiento conjunto de la propia debilidad de quien la sufre, unida a la convicción de que la fortaleza de Dios opera y triunfa en ella.*

Si hay que gloriarse, en mi flaqueza me gloriaré. Sólo me gloriaré en mi flaqueza. Cuando estoy débil entonces es cuando soy fuerte. Llamam la atención estas expresiones del Pablo pastor, tomadas de la segunda a los corintios (2 Co 11,30; 12,5.9-10), la carta que de manera más expresa toma conciencia del significado del ministerio cristiano.

No sólo el ministerio, también el *ethos* y el talante cristiano se caracterizan por este nuevo oxímoron, fortaleza en la debilidad. Constituyen una manera de afrontar el sufrimiento inherente a la vida humana. Pablo llega a gloriarse en esas debilidades, emplea para ello el verbo *kaujaomai* que significa estar orgulloso de algo propio, estoy muy orgulloso de mis hijos... diríamos hoy. Mis debili-

dades sufridas con Cristo y por su causa, me hacen valioso, elevan mi autoestima.

Así pertrechado, entra el cristiano en confrontación con el mundo.

Pablo hace aplicaciones concretas de la manera de sentir recibida de Cristo. La *agápe* evitaría la epidemia de rencillas de que tantas veces adolecen nuestros hogares, parroquias, y otras comunidades. El *vaciarse* de Cristo, renunciando al porte que "hubiese convenido" a todo un Dios, el pasar por uno de tantos, el aceptar lo humano hasta la muerte de cruz; a todo ello apela Pablo para atajar lo que no parecen sino simples rencillas aparecidas en la comunidad de Filipos:

...colmad mi alegría, teniendo un mismo sentir, un mismo amor, un mismo ánimo, y buscando todos lo mismo. Nada hagáis por ambición, ni por vanagloria, sino con humildad, considerando a los demás como superiores a uno mismo, sin buscar el propio interés sino el de los demás. Tened entre vosotros los mismos sentimientos que Cristo: El cual, siendo de condición divina, no codició el ser igual a Dios sino que se despojó de sí mismo tomando condición de esclavo. Asumiendo semejanza humana y apareciendo en su porte como hombre, se rebajó a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte y una muerte de cruz (Flp 2,2-8).

En Corinto, las divisiones que surgen en una comunidad tan plural, habrían de ser tratadas y obtener curación desde la misma perspectiva. Hubo disensiones, auténticos partidos, entre los que preferían la manera de presentar el cristianismo de Apolo, transida de sabiduría griega, mientras que otros preferían la de Pablo y otros la de Pedro. Cuatro capítulos, 1 Co 1-4, dedica Pablo a esta cuestión. *¿Está dividido Cristo?* Frente a quienes prefieren prodigios milagrosos, o sabiduría helénica, Pablo se presenta débil, temeroso, anunciando tan solo pero nada menos que la sabiduría de la Cruz, aparentemente locura y debilidad, pero sabiduría y fuerza de Dios en el plano de lo real.

4.2. *Si con Él morimos, resucitaremos con Él*

¿Dónde está muerte tu victoria? Toda la tarea pastoral de Pablo se halla transida de esperanza. No sólo el género humano, sino la misma Creación, se encuentra transida de una expectativa que la hace vivir entre dolores, sí, pero de parto, deseando vivamente la manifestación de los hijos de Dios. Éstos, los hijos de Dios, nosotros, los que poseemos las primicias del Espíritu, también gemimos anhelando el rescate de nuestro cuerpo.

Cabe pensar que en la medida en que los hijos de Dios se manifiestan y obran como tales, -en cooperación con todo lo bueno, noble... que hay en el mundo- contribuyen al parto de la creación, al mundo nuevo de la resurrección. Nuestra salvación está ya aquí, en esperanza; la aguardamos al mismo tiempo con paciencia.

Conviene relacionar Ro 8,18-23, con 1 Co 15, donde vuelve emerger la convicción de la resurrección de cuantos creen, garantizada y hecha una sola cosa con la resurrección de Cristo. He ahí el poder de la resurrección, del poder mismo de Dios, de su amor en persona, del propio Espíritu Santo. El mismo que resucitó a Jesús de entre los muertos, nos resucitará a todos con él.

Habr  resurrecci3n de la carne *al fin gloriosa y fuerte* como canta un himno de laudes. En la visi3n paulina de lo humano no hay compartimentos estancos, ni por tanto dualismo entre la carne, lo psíquico y el espíritu. Lo realizado a favor de la liberaci3n de la creaci3n y de sus recursos materiales para bien de la Humanidad, culminará cuando nuestros cuerpos resuciten, y pervivirá en ellos.

Ese *cuerpo espiritual* a que Pablo se refiere, transido de Espíritu y en comuni3n con los resucitados en Cristo, constituirá el mundo Nuevo, que Cristo entregó al Padre para que Dios sea todo en todas las cosas.

4.3.  Qu  podemos saber de la muerte de Pablo?

Al llegar Pablo a Jerusalén para entregar la colecta, Santiago, jefe de aquella iglesia, le reconvino por su infidelidad a las prescripciones judías, pero, hombre siempre práctico, busc3 un procedimiento que hiciese posible la aceptaci3n de por parte de la comunidad de la Iglesia madre.

En estas vicisitudes se hallaba, cuando Pablo fue descubierto y denunciado en el Templo por un observante de la ley mosaica. Se produjo un incidente, y Pablo fue arrestado por la guardia pretoriana. Sigui3 una prisi3n prolongada en Palestina durante la cual escribi3, como ya sabemos, la carta a la comunidad de Roma.

Trasladado finalmente a la capital del Imperio, lleg3 a ella no sin sufrir un naufragio. Liberado tras un tiempo de prisi3n, pudo llegar a la Hispania romana, sin obtener mucho fruto. Sufri3 luego una segunda prisi3n en Roma. O'Connor piensa que el ap3stol se sinti3 impulsado a hacerse de nuevo all  presente, cuando en ella se perseguía los cristianos atribuyéndoles el incendio de Roma que el propio Ner3n había provocado.

No abandon3 a Pablo su amistad con Timoteo cuya presencia a oraba según el propio Timoteo, probablemente, nos cuenta sobre todo en la segunda de las dos cartas ficticiamente dirigidas a él por el ap3stol. Pablo se encontr3 muy solo en Roma (2 Tim 4,10-11), abandonado "por los de Asúa"; menos mal que Ones foro apenas llegado lo busc3, lo encontr3, y lo ayud3, cosa que el ap3stol agradece vivamente (2 Tim 1,15-17).

Pero cuando compareci3 por primera vez en el tribunal, *nadie dio la cara por mí, sino que todos me desampararon* (2 Tim 4,16). Hubiera querido ser liberado y continuar su trabajo de evangelizaci3n, de ahí sus encargos a Timoteo de ropa, libros y pergaminos (2 Tim 1,4; 4,9).

Al mismo tiempo Pablo se preparaba para morir. *Estoy a punto de derramarme en libaci3n*, cual líquido precioso vertido sobre la víctimas de un sacrificio. *He combatido el buen combate, he consumado mi carrera, he guardado la fe. No le abandona la esperanza, desde ahora me aguarda la corona de la salvaci3n, que me entregará el justo Juez, no s3lo a mí sino a cuantos con amor hayan esperado su segunda Venida* (2 Tim 4,6-8).

La espada del verdugo consum3 su sacrificio. Roma es feliz custodiando los despojos de Pedro y de Pablo, los dos testigos consumados, tan distintos y tan coincidentes, de una misma fe.

5. La herencia de Pablo.

Carta a los efesios

Gran parte del cristianismo primero, no todo él, quedó impregnado del trabajo misionero del apóstol. Hoy se habla de una *pauline Christianity*. Los Hechos de los apóstoles, y las cartas más directamente marcadas por su herencia son muestra de ellas.

Entre éstas últimas destaquemos la dirigida a los efesios, suma de teología y espiritualidad paulina. Su primer capítulo, a menudo presente en la liturgia de Vísperas, nos habla del *derroche* del amor del Padre en Jesucristo. De individuos y comunidades amados desde siempre, llenos de gracia, convertidos así en alabanza de gloria.

¿Qué objetivo mayor que éste de salir de sí para alabar continuamente a Quien tanto nos amó?

Apéndice: Pablo y la Vida marianista

Limitémonos a enumerar algunos puntos de contacto del pensamiento y vida del Beato Chaminade, fundador de la Familia marianista, con la espiritualidad marianista.

Con razón insistió nuestro Beato en la *percepción de un mundo dominado por el pecado y necesitado de salvación*. Guillermo José lo descubrió en las transformaciones, traumáticas, vividas durante el siglo XIX. Todo marianista, religioso o laico, debe penetrar en el momento actual, convencido de la Fuerza del pecado, y sin transformar en cosa de juego el enfrentamiento que ello supone. La batalla se da en el corazón de cada uno de nosotros, y con el misterio de impiedad actuante en cada momento de la historia. Pero Chaminade confía en el poder de la Mujer prometida para vencer la fuerza del mal.

Muy peculiar de Pablo es la insistencia en el *Bautismo* como *configuración con Cristo* a lo largo de la vida entera. Fue él quien inauguró este tipo de espiritualidad. No por ello, este caminante fatigado e incansable, dejó de vivir en seguimiento de Cristo, por más que esta terminología no fuera la suya.

Toda vida cristiana y especialmente la religiosa reconoce el seguimiento de Cristo como norma de vida, y más aún, como expresión de la voluntad del religioso, de estructurar su existencia, también de manera externa con la manera de vivir de Jesús en nuestra tierra. Esto es, sin bienes propios, en celibato consagrado, en obediencia dotada de determinadas mediaciones que hagan menos idealista y más efectiva la obediencia al Padre.

El Beato Chaminade menciona de modo repetido el tema del seguimiento e invita a él. Pero insiste de manera particular en los temas paulinos, de configuración con Cristo por y desde el Bautismo, y de la transformación interna de la vida y los sentimientos según los de Cristo.

Ambas perspectivas constituyen las dos caras de una misma moneda. El seguimiento, en fe, conduce a la configuración, y una configuración interna que no se tradujese en actitudes y hechos externos sería completamente engañosa. El Beato Guillermo José fue muy práctico en todas sus recomendaciones.

En cuanto a la *legislación* interna del mundo marianista, conviene observar que ya las Constituciones llamadas familiarmente negras por el color de sus

tapas, siempre unieron las disposiciones de carácter práctico imprescindibles para la vida en común, con motivaciones y estímulos inspirados en la fe.

Mucho más ocurre esto en la Regla de Vida de los religiosos marianistas aprobada, tras un detenido y muy compartido proceso de participación de toda la Compañía, por la Sede apostólica. La legislación concreta se halla aún más al servicio de la Vida y de la inspiración de fe. Algo semejante ocurre con la Regla de Vida de las religiosas, y el Libro de Vida de las Fraternidades laicas.

Hemos hablado de la *agápe*, amor del Padre descendente, y socializado en las comunidades, precisamente en virtud de su propia identidad de *agápe*. La vida marianista, laica y religiosa, encuentra en este amor cristiano, *-charitas*, caridad, *agápe-*, olvidado de sí, y transido de *voluntad de servicio*, *el impulso verdadero de la vida y misión* marianista. La doctrina del servicio, o, mejor, la caridad servicial, transforma a quien recibe su impulso, lo hace vivir en acción de gracias y en salida hacia el Dios que se le entrega y hacia el servicio al hermano.

Un punto último y no por ello menos importante. Nunca cita san Pablo a *María* por su nombre. Pero se refiere a ella indirectamente de una manera muy significativa: *al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que se hallaban bajo la ley, y para que recibiéramos la condición de hijos* (Ga 4,4).

Chaminade cita este versículo repetidamente. Gracias a María, y *en* Ella, el Verbo se hizo carne de nuestra carne, y haciéndose solidario de quienes se hallaban bajo una ley incapaz de salvar, los liberó de ella, dándose a Sí mismo como Ley.

El principio *encarnación* rige toda la vida, y el existir entero de los marianistas en esta tierra.